

## Comentarios a “Los dioses de Teotihuacan”, de Pedro Armillas

Jesús E. Sánchez

### El documento

En el Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología se encuentra una copia-carbón del mecanoescrito original de “Los dioses de Teotihuacan”, publicado por Pedro Armillas (1945) en los *Anales del Instituto de Etnología Americana* de la Universidad Nacional de Cuyo. El mecanoescrito parece ser un borrador; al menos tiene las características de esos documentos: carece de fecha, tiene bastantes errores “de dedo”; faltan notas a pie de página y se repiten otras; las ilustraciones no están enumeradas. En fin, con un simple vistazo cualquiera puede notar que se trata en realidad de un borrador. Sin embargo, se trata de una copia carbón, lo cual tiene su relevancia porque ello indica que Armillas entregó esta copia al INAH, al parecer a Jorge Acosta, quien a la sazón era el jefe inmediato de don Pedro; el original debió entregarlo a la Universidad Nacional de Cuyo, y sin duda debió pasar por las correcciones de rigor para su publicación.

Para reproducirlo en este número de *Arqueología* debió recurrirse a los medios electrónicos de que disponemos en la actualidad. Sin embargo, en tanto se procura una “reproducción” fiel al original, a modo que sea conocido tal cual por los lectores, se requiere mantener los errores señalados, pues de otro modo habría que llenar de *sic* los párrafos y páginas. Esto haría tediosa su lectura y comprensión, a más que desmerecería la

obra de nuestro ilustre maestro, pues se desviaría completamente la atención hacia un hecho insulso, pues todos, aún con el apoyo de la computadora cometemos errores en nuestros escritos, que suelen persistir en la propia publicación. Por estas razones se reproduce aquí en formato PDF la copia del mecanoescrito original.

No obstante, es de señalarse que el artículo fue reproducido y publicado —eliminando esas imperfecciones— en el homenaje que el CIESAS y el INAH rindieron a don Pedro el 14 de agosto de 1984, algunos meses después de su lamentable deceso. La publicación del homenaje, con el título *Pedro Armillas: vida y obra*, fue responsabilidad de la doctora Teresa Rojas Rabiela, y salió a la luz en 1991. El artículo ocupa las páginas 99-125 del tomo I y naturalmente se recomienda su lectura, a efectos de mera comparación, si se quiere.

Pero publicar la reproducción del mecanoescrito original tiene su mérito; debe entenderse también como un pequeño homenaje que los editores de la revista *Arqueología* (y también *Pepe* Ramírez, jefe del Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología) rinden a uno de los más insignes maestros de la arqueología mexicana. *Maestro* no sólo porque lo fuera de muchos de quienes a su vez fueron nuestros, sino porque, como todos ellos reiteran en sus opiniones —a veces inevitablemente intercaladas de anécdotas llenas de sensibilidad que bien logran perfilar el

carácter de don Pedro—, abrió una brecha en la arqueología americana de mediados del siglo XX, brecha abierta a filo del machete teórico y metodológico del que adolecía la disciplina en aquel entonces, brecha que recorrimos todavía muchos de nosotros, los de las generaciones posteriores a 1973 (año en que tuvo lugar el memorable “Primer Taller del Programa de Adiestramiento Avanzado en Arqueología”, coordinado por don Pedro), y no porque gozáramos de la fortuna de haber sido alumnos de Armillas, sino porque sí lo fuimos de varios de sus discípulos, maestros nuestros como Carlos Navarrete, Tita Braniff, Lorenzo Ochoa, Manuel Gándara, Teresa Rojas... Ellos siguieron abriendo la brecha crítica de Armillas y nos llevaron por ella. Si al ingresar a la ENAH y en nuestros primeros semestres no nos hubiéramos dado cuenta de ese hecho, una mirada retrospectiva y evocadora de nuestras clases con ellos, de nuestra actividad profesional ya una vez que nos “soltaron la correa”, nos lleva a un lugar evanescente, donde sin embargo brilla la presencia de Pedro Armillas. Conocimos al, y sabemos del, maestro por sus alumnos (¡quién tuviera esa dicha!) y por su obra. No podemos negarlo; aunque no nos demos cuenta, nuestra formación en la ENAH, de las generaciones desde al menos la segunda mitad del siglo XX, también es obra de Pedro Armillas. Gran responsabilidad la nuestra.

## La arqueología de Teotihuacan hacia 1945

Consideremos que en 1945, cuando Armillas escribe “Los dioses de Teotihuacan”, de la metrópolis teotihuacana sólo se habían explorado, principalmente: de 1905 a 1910 la Pirámide del Sol, por Leopoldo Batres; en 1924 se libera la fachada principal de la Pirámide de la Luna y parcialmente los “Edificios Superpuestos”, al costado oeste de la Calle de los Muertos, por Gamio y otros; los túneles en la Pirámide del Sol por los Vaillant, también por esa época; Teopancazco, en el poblado de San Sebastián, y el palacio de Tepantitla, con su célebre mural del *Tlalocan*, por Armillas y Sáenz, entre otros arqueólogos, en 1942, y el “Grupo Viking”, por el mismo Armillas en 1944;

por ese entonces se exploran los conjuntos de Teotitla y Atetelco (Cabrera, 1982: 7 y ss.). Es decir, comparando los edificios y espacios de la metrópolis explorados hacia 1945 con los que hoy se encuentran liberados, la diferencia es más que evidente.

Esto significa que los datos con los que se contaba en 1945 para intentar siquiera una identificación de las deidades eran más que escasos, escuetos y parciales. Había que echar mano de otros recursos que las meras “interpretaciones” de tales datos; había que recurrir a otras disciplinas, a otros métodos; había que ser *antropólogos*. Y don Pedro, discípulo selecto de Kirchhoff, Caso, Marquina, vaya que lo era. (Cierto, eran los tiempos de los “años generales” en la naciente ENAH, donde alumnos de todas las disciplinas se conocían, discutían, trabajaban juntos, o lo intentaban... ¡tiempos aquellos!)

Pero ya la escuela mexicana de arqueología había desarrollado técnicas y métodos de exploración que permitían, por vía de la comparación de los contextos, establecer secuencias estratigráficas y cerámicas que denotaban diversas fases del desarrollo de la sociedad teotihuacana. Armillas tuvo siempre especial preocupación por la identificación de tal proceso mediante la deposición estratigráfica (que resulta así en una “puesta a punto” de la innovación de Gamio a principios del siglo XX). Y no sólo eso, sino sabía encontrar el sentido “cultural” de tal deposición. De ahí que al inicio del artículo que aquí se comenta, se refiera a una “estratigrafía religiosa”, pues Armillas elabora una comparación de los materiales cerámicos y pictóricos que aparecen en las distintas capas estratigráficas, estableciendo así una distinción en cuanto a las formas de representar a las deidades, de la manera como se modifican algunos atributos, aparecen y/o desaparecen otros mientras se avanza en el tiempo, es decir, de unos materiales de una capa respecto a otra. Es de apreciar el método aplicado para concretar la interpretación “evolutiva” de las representaciones, así como para identificarlas.

Los contextos explorados por Armillas correspondían, casi todos, a los de las últimas fases del desarrollo teotihuacano, debido a que, obviamente, se están explorando los últimos niveles de

ocupación. Se enfrenta así a representaciones de personajes y escenas ya con cierto desarrollo gráfico y compositivo que, lejos de permitir un análisis sencillo, en realidad implicaba un complejo problema, pues había que distinguir y determinar qué elementos estarían directamente vinculados a la entidad deificada y cuáles representarían más bien elementos tangenciales o nada más presentes en las escenas, sin vinculación directa a los pretendidos dioses, pero sobre todo inferir, a partir de esos elementos, la entidad correspondiente: esto es, de qué deidad se trataba, *su nombre*, sus advocaciones, sus ámbitos de influencia y poder. En ese sentido, el método de Armillas pareciera de total obviedad: la comparación entre una representación y otras, plasmadas en diversos sustratos materiales; pero recurre también al análisis de los códices del Posclásico, así mexicas como mixteco-poblanos (que, aun de factura colonial, es aceptada la originalidad de sus contenidos); introduce argumentos contrastivos de vertiente etnológica; apela al análisis del entorno natural de los tiempos del Clásico mesoamericano; es decir, no se queda en el puro “dato arqueológico”. (Reitero el hecho porque es algo que la formación actual de los arqueólogos de la ENAH, más departamentalizada que “especializada”, está obligada a recuperar esa visión, esa percepción de nuestra disciplina y, desde luego, de todo problema de investigación que le incumba.)

Si bien hay cierta razón en criticar la extrapolación de “datos” de un periodo de desarrollo a otro anterior para sustentar las interpretaciones, hemos de entender que bien tratado el método, con el debido rigor, la comparación tiene sentido: no hace Armillas lo que muchos colegas: aplicar la interpretación mexica de su mundo en los códices al complejo gráfico teotihuacano. Armillas analiza el contenido de ellos para comparar la manera y elementos con que se constituyen esas mismas figuras mexicas en Teotihuacan, o acaso no las mismas, sino “parecidas”. Con ello postula posibles orígenes teotihuacanos a dioses, cultos y rituales presentes ya, y más desarrollados, en los aztecas; o bien, pone en duda que ciertas deidades —cuya presencia es notoria en el Posclásico— pudieran haberse concebido en el Teotihuacan del Clásico.

Esa comparación le lleva, a mi juicio, a notables aciertos, pero también a imperfecciones, algunas entendibles por la carencia de un mayor y más variado *corpus* informativo, aunque otras debidas a inferencias extremas, según mi apreciación, lo cual no demerita las propuestas de don Pedro, sino que nos invitan más bien a su exacta dilucidación.

Constantemente, Armillas inscribe la identificación de las deidades y de sus rasgos característicos en el ámbito de los periodos cerámicos, cosa necesaria porque ante la ausencia de los métodos de fechamiento radioactivo en aquel entonces, la única vía posible para establecer secuencias temporales radicaba en la secuencia cerámica denotada en la estratigrafía y las deposiciones arquitectónicas, así como en el carácter de los edificios y espacios correspondientes. Así, conviene traer a cuenta en este texto los periodos cerámicos enunciados por Armillas en otro de sus artículos (Armillas, 1974), a fin de facilitar al lector la comprensión de sus argumentos: Periodo I: siglo I; Periodo II: siglo III; Periodo III: siglo V-VI, y Periodo IV: siglo VII.

Al último periodo lo considera ya pos-teotihuacano, principalmente por la presencia de material cerámico Coyotltaleco y Mazapa.

Esta secuencia temporal será más tarde modificada, de manera que hacia la década de 1960 existen suficientes datos que, con el auxilio del fechamiento por  $^{14}\text{C}$  (desarrollado en los años 50), permiten establecer una secuencia más refinada, misma que explica y resume Müller en 1968, información finalmente publicada por el INAH en 1978 (*La cerámica del centro ceremonial de Teotihuacan*).

Hay diferencias significativas entre la propuesta de Armillas y la que estructura Müller, que se deben a varias y obvias razones: no sólo la mayor cantidad de estudios estratigráficos en más variados espacios y edificios explorados, es decir, mayor cantidad de datos arqueológicos, y la aplicación de los métodos de fechamiento por  $^{14}\text{C}$ , cuya aplicación a la arqueología permitió sistemas referenciales considerados más precisos que la solas secuencias cerámicas; también interviene el esfuerzo conjunto por determinar las distintas fases teotihuacanas cerámicas y estratigráficas por

parte de muchísimos investigadores, entre ellos el propio Armillas. Pero las interpretaciones en cuanto a la temporalidad en que aparecen los dioses que menciona Armillas es un asunto irrelevante, pues lo que pretende don Pedro se centra en determinar la existencia de ciertas deidades en el panteón teotihuacano.

## El contenido

### Los dioses

Armillas asume que pueden distinguirse en la “estratigrafía religiosa” teotihuacana al menos cinco deidades, siendo éstas el dios de la lluvia (Tláloc), el dios del fuego (Huehuetéotl), un probable dios de la vegetación (Xipe), el “dios gordo” y dubitativamente, Quetzalcóatl: luego enuncia los elementos distintivos que permiten la identificación de cada uno de ellos.

### El dios de la lluvia

Es la deidad más representada a lo largo de la vida teotihuacana, y tal vez el más antiguo, asume don Pedro. Sin embargo, piensa que el culto a este dios debió ser introducido a Teotihuacan probablemente de la costa del Golfo (p. 6), debido a que entre sus elementos distintivos se encontrarán algunos identificados como pertenecientes al culto del jaguar entre los olmecas, así como especies marinas como la estrella y la tortuga. Si bien esto es muy probable, también debe considerarse que hoy sabemos que en capas estratigráficas y rellenos de edificios tempranos en Teotihuacan los tiestos y vasijas completas traslucen la presencia de un complejo gráfico incipiente que presenta ya los más característicos elementos de Tláloc, observables en las denominadas “ollas Tláloc”, que ostentan la bigotera o nariguera, ese elemento al que don Pedro llama “banda enrollada hacia arriba sobre el labio superior” (p. 5), así como los colmillos largos. Si se observan algunos animales marinos (estrella de mar y tortuga), como componentes del complejo gráfico que acompaña a Tláloc, es una afirmación que debe discutirse,

pues son realmente escasas las representaciones de tortuga y Tláloc juntos, lo cual indicaría que, como ocurre en muchísimos murales y escenas plasmadas en vasijas, se encontrara a Tláloc en situaciones por demás variadas, con personajes humanos y animales, así como plantas igualmente diversos, de modo que es difícil aceptar un dato aislado para derivar de él una interpretación generalizada. Por otra parte, en cuanto a la estrella de mar la relación con Tláloc es innegable, hasta cierto punto. Armillas recurre no sólo a los murales de Teopancazco, donde se encuentran representados sacerdotes, no el dios, que ostentan en sus vestimentas las estrellas de cinco puntas; asimismo en la fachada del Templo de Quetzalcóatl, en la Ciudadela, en cuyos taludes se encuentra la representación de una serpiente ondulante, entre elementos marinos como conchas y caracoles. Aquí Armillas discutirá si el templo corresponde a Quetzalcóatl o a Tláloc, cosa que trataremos más adelante.

Pero nótese esa diferencia, que en los murales referidos por Armillas, es el sacerdote y no el dios quien se relaciona con estrellas marinas, y así resulta difícil aceptar que esta especie resulte un rasgo distintivo de Tláloc. Pero ciertamente, hay una figura en forma de estrella de cinco puntas asociada directamente a Tláloc, pero se ha identificado y aceptado ya plenamente como la representación del planeta Venus, hecho aún no aclarado por los investigadores de aquel momento.

En resumidas cuentas, sabemos hoy que el complejo gráfico distintivo de Tláloc es ciertamente variado, pero fundamentalmente radicado en las anteojeas (circulares o cuadrangulares), la bigotera o nariguera, de la que a veces surgen sendos colmillos, pero no siempre. Lo demás, es decir, la vestimenta, los elementos que porta a veces en las manos, los que constituyen sus elaborados tocados, son extremadamente variados. Así, unos elementos caracterizan al dios, permiten identificar a Tláloc; otros son indicadores de sus igualmente variadas y múltiples advocaciones y regímenes: la lluvia, el agua terrena, el rayo, la agricultura, los mantenimientos en general, y a veces también el inframundo. Algunos otros son característicos de la vestimenta de los sacerdotes, no sólo del culto a Tláloc, sino también a otras deidades; o

vale decir, más bien, de sacerdotes actuando en ámbitos donde incidiría la influencia de Tláloc.

Vale entonces considerar los argumentos de Armillas, pues plantean líneas de investigación no agotadas del todo para determinar, si no la obvia existencia del culto a Tláloc, sí de la complejidad de sus ámbitos de influencia en el pensamiento teotihuacano.

Muchas cosas sabemos hoy en cuanto a los rasgos distintivos de Tláloc en sus manifestaciones gráficas, y no es el espacio propio para discutirlos; sigamos centrados en el análisis elaborado por Armillas, y en ese sentido bien interesante resulta el dato de que en el Templo Nuevo de Quetzalcóatl (o de la Serpiente Emplumada, como prefieren denominarla hoy los investigadores especializados en Teotihuacan), en La Ciudadela, en el tablero oeste al norte de la escalinata, primer cuerpo, Armillas pudiera observar la presencia de la “flor colgante”. El hecho no deja dudas de que este segundo edificio estuvo completamente dedicado a Tláloc (p. 26).

Sin embargo, no puedo pasar por alto la descripción de Armillas del elemento que emerge de la boca del dios y denomina “flor colgante” (figs. 9 y 10). González y Sánchez (1991) identificaron a esa planta como el *Hydrocotyle*, lirio acuático detectado en abundancia en el río de los Manantiales, en el barrio de Puxtla, en la parte sur de San Juan Teotihuacan.

### El dios del fuego

No hay duda sobre la existencia del dios del fuego en Teotihuacan, conocido con el nombre náhuatl de Huehuetéotl, y su representación como un anciano encorvado, sentado con las piernas cruzadas y sosteniendo sobre sí un amplio recipiente que hace el papel de brasero. Armillas asume que la gran cantidad de cabecitas de viejitos manufacturadas en barro encontradas hasta entonces (como sigue ocurriendo hoy día) también son representaciones del dios (p. 20). Pero me parece que esas cabecitas de viejitos no siempre corresponderían a la representación de Huehuetéotl, a menos que el rostro sea el mismo, lo cual implica algo más: el estereotipo para representar

a los ancianos; pero me parece difícil aceptar que es Huehuetéotl, a menos que lleve su brasero en la cabeza, claro. Aquí otra línea de investigación que no hemos atendido como se requiere.

Pero un hecho por demás sobresaliente es que Huehuetéotl sólo se representara en Teotihuacan mediante esculturas de piedra, pues no lo encontraremos en pintura mural, ni en escenas plasmadas en vasijas. Magnífica observación de Armillas (p. 21, nota 68) que, de nuevo, habría que investigar más concienzudamente.

### El dios de la vegetación

Por la abundante presencia de figurillas cerámicas que representan un personaje masculino con “el rostro cubierto por una máscara sujeta por dos bandas, una frontal y otra a modo de barboquejo” (p. 21), don Pedro discute la existencia del culto a Xipe y del propio dios en Teotihuacan. Lo pone en duda porque no encuentra en ninguna de las figurillas de barro, los elementos parafernáticos que distinguen a Xipe en los códices del Posclásico. No argumenta (extrañamente) la posibilidad de que, en efecto, Xipe tuviera culto en Teotihuacan con rasgos distintivos incipientes, que aumentarían y se tornarían complejos al paso del tiempo, al paso de una sociedad a otra; hasta que al llegar a los mexica, el culto se llenará de elementos y significados ilustrados en los códices (pp. 22-23). Es interesante su indicación de que en algunas figuritas con esa máscara, que permite suponer se trata de Xipe, se conservaran restos de pintura amarilla, y asociando este dato con el mismo color que ostenta la “piel muerta” en códices mexicanos, sirve de sustento a la hipótesis de que en efecto se trata de la representación de un personaje con una piel desollada.

Por otra parte, la traducción de Xipe como “nuestro señor el desollado” (concebida por Seler, como señala Armillas en la p. 21) es un tanto incorrecta, porque no es el dios quien está desollado, sino que porta la piel de un desollado, cosa bien distinta.

Asimismo, es interesante la proposición de Beyer, a quien parece avalar aquí Armillas, en cuanto a que en Teotihuacan no se desarrolla aún

la técnica apropiada para desollar el rostro, debiendo recurrir, como argumentaría Caso, a la piel del muslo para conformar la máscara, y sólo hasta que aparecen instrumentos metálicos es posible este desollamiento del rostro (pp. 22-23).<sup>1</sup>

Pero mediante la reflexión en torno a si en el Posclásico Xipe tiene el “carácter de dios de la renovación de la vegetación y de la fecundación de la tierra, al que se le pide lluvia [...]” (p. 23), el concepto podría aceptarse como ya presente en Teotihuacan.

También señala (p. 21, nota 69) que hasta entonces no se habían encontrado figurillas femeninas, lo cual es de asombrarse. La observación le permite descartar la presencia de deidades femeninas, en alusión a la supuesta de Teteoinnan, que Seler cree identificar como opción a Xipe.

## El dios gordo

Hoy poco se habla de esta posible deidad teotihuacana. Todavía a principios de la década de 1980 había la reminiscencia de considerar que, en efecto, la sociedad teotihuacana había concebido una deidad representada como personaje masculino obeso. Y, como señala Armillas, la posibilidad de que esta representación antropomorfa fuera una deidad, se explica por su presencia en gran cantidad de vasijas: no pintada, sino la efigie del rostro adherida por pastillaje a ciertas partes de las vasijas, o plasmada en los relieves de medallones y también adheridas a la superficie de la vasija. Poco se habla hoy del *dios gordo*, pero debiera reconsiderarse la propuesta de Armillas y sus contemporáneos y profundizar en la investigación al respecto.

## Quetzalcóatl

Armillas pone en duda que en Teotihuacan existiera el culto a la deidad Quetzalcóatl, si se en-

tiende como en los tiempos mexicas. No está de acuerdo con la idea de que las esculturas de la serpiente emplumada del templo en la Ciudadela sean representaciones de una deidad de la creación, regidora del viento. Y entre sus argumentos resaltan jerárquicamente las comparaciones con representaciones posclásicas de los códices. De nuevo vale la idea de la evolución en la concepción y representación de las deidades; pero más aún que Armillas no toma en cuenta que esas figuras en los códices son *antropomorfas*, y ahí sí cabe que porten gorros cónicos, *chichauztli* y todo lo demás. Muy probablemente, lo que vemos en el templo de la Ciudadela quizá sea una representación primigenia, cuando el concepto, o las fuerzas de la naturaleza que rige el dios, se veneran como tales y bajo la égida de la deidad; no se llega a la antropomorfización, que es más característica del periodo Posclásico; acaso ni siquiera en Tula (p. 25).

Otra cosa es que, en efecto, en el Posclásico la serpiente se asociara al rayo de Tláloc, aunque no nada más, como sabemos, pues también tiene advocaciones solares. Pero la cosa es que se duda, con cierta razón, de Quetzalcóatl como deidad teotihuacana.

Tan seguro estaba don Pedro de sus ideas, que todavía años después de la elaboración de ese artículo afirmaba: “[...] se ha hecho notar que el culto de Quetzalcoatl ha sido malentendido, que se le ha dado una extensión indebida: hay que arrancarle a esa figura algunas plumas y reducirla a sus justas proporciones” (citado en Navarrete, 1991: 40).

Los argumentos de don Pedro ciertamente requieren ser retomados y revalorados, pues son en verdad difíciles de pasar por alto al tratar el tema de la presencia del concepto, del dios y la manera como se habría representado Quetzalcóatl en Teotihuacan. Es indispensable la lectura del texto referido en la cita de Navarrete, para profundizar en el problema y eventualmente intentar su solución. Asimismo vale la pena confrontar las aseveraciones de Armillas con las de los autores participantes en la Segunda Mesa Redonda de Teotihuacan (Ruiz y Soto, 2004), pues varios de ellos aportan datos y argumentos que permitirían aceptar la existencia de Quetzalcóatl

<sup>1</sup> Debe mencionarse que si bien Armillas concede cierta verosimilitud a esta hipótesis de Caso, no está plenamente demostrado que los mexicas recurrieran a instrumentos metálicos para realizar el desollamiento.

como deidad creadora, además de regidora del viento.

## Finalmente...

Tláloc, Xipe, posiblemente Quetzalcóatl... fuera de estas deidades, hoy todavía no se logra identificar de manera precisa del panteón teotihuacano, a pesar de los numerosos investigadores que han abordado el problema. Posiblemente también pueda considerarse el culto a Chalchihutlicue, siempre y cuando aceptemos que la estatua monolítica descubierta en la Plaza de la Luna (y hoy exhibida en el Museo Nacional de Antropología) es una representación de esta “diosa de las aguas terrenas”. Sin duda el culto a la muerte, y a alguna deidad regidora de este sino inevitable se hace manifiesta, aunque sin total demostración, a través de ciertos artefactos escultóricos que representan una “calavera” propiamente dicha, o las representaciones de ese Tláloc con el rostro descarnado plasmado en esculturas, murales y cerámica. Algunos investigadores asumen la existencia de la Gran Diosa, identificada en los murales de Tetitla. Otros consideran que la representación asidua de jaguares, quetzales, lechuzas, coyotes y otros animales responden a otras tantas deidades (se llega incluso a suponer la existencia de “la mujer araña”). Investigadores más cuidadosos detectan la conformación de complejos iconográficos que remiten a complejas deidades-advocaciones, representadas mediante múltiples esquemas gráficos. En fin, pareciera que el trabajo apenas empieza, después de casi cien años de investigaciones al respecto.

Un texto de lectura obligada para los interesados en el tema, y que me atrevo a recomendar sin vacilación, es el de Hasso von Winning (1987). Y esto porque reúne gran cantidad de ilustraciones sobre la creación gráfica teotihuacana, a más de discutir concienzudamente los métodos más propósitos sobre los que se desplantan las hipótesis más serias sobre la conformación del esquema cosmogónico-religioso de la poderosa sociedad teotihuacana; métodos e hipótesis de las que Armillas fue pionero, naturalmente.

## Bibliografía

- Armillas, Pedro  
1944. “Exploraciones recientes en Teotihuacan, México”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4, pp. 121-136.
- 1945. “Los dioses de Teotihuacán”, *Anales del Instituto de Etnología Americana*, t. VI, pp. 35-61.
- 1974. “Archaeological Survey of the Barbarian Frontier of the Aztec Empire”, en *American Philosophical Society Year Book*, Philadelphia.
- Cabrera Castro, Rubén *et al.* (coords.)  
1982. “El Proyecto Arqueológico Teotihuacan”, en *Teotihuacan 80-82. Primeros resultados*, México, INAH, pp. 7-40.
- González Quintero, Lauro y Jesús E. Sánchez  
1991. “Sobre la existencia de chinampas y el manejo del recurso agrícola-hidráulico en Teotihuacan”, en Rubén Cabrera *et al.* (coords.), *Teotihuacan, 1980-1982. Nuevas interpretaciones*, México, INAH (Científica, 227), pp. 345-375.
- Müller, Florencia  
1978. *La cerámica del centro ceremonial de Teotihuacan*, México, INAH.
- Navarrete, Carlos  
1991. “Pedro Armillas y la Escuela Nacional de Antropología: 1952-1956”, en Teresa Rojas Rabiela (ed.), *Pedro Armillas: vida y obra*, México, CIESAS-INAH, vol. I, pp. 31-49.
- Rojas Rabiela, Teresa (ed.)  
1991. *Pedro Armillas: vida y obra*, 2 vols., México, CIESAS-INAH.
- Ruiz Gallut, María Elena y Arturo Pascual Soto (eds.)  
2004. *La costa del Golfo en tiempos teotihuacanos: propuestas y perspectivas. Memoria de la Segunda Mesa Redonda de Teotihuacan*, México, INAH, pp. 245-275.
- Von Winning, Hasso  
1987. *La iconografía de Teotihuacan. Los dioses y los signos*, México, UNAM.